

Cuatro libros fundamentales

Baltasar Dromundo

Desde su fundación, la literatura y la reflexión sobre ella han sido temas constantes en la revista *Universidad de México*. El presente artículo, publicado en septiembre de 1931 (Tomo II, número 11, p. 409-414) prácticamente dio inicio a esta veta, ya indispensable para nuestra revista.

Baltasar Dromundo Chroné (1906-1987) obtuvo el título de licenciado en derecho por parte de la Universidad Nacional en 1934. Su vida universitaria fue intensa. Participó de manera destacada en el movimiento estudiantil que conquistó la autonomía universitaria en 1929. Posteriormente fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria. También desempeñó su carrera docente en la Normal de Maestros y en el Instituto Politécnico Nacional.

Su inquietud política lo llevó a ser orador en la campaña presidencial de José Vasconcelos; secretario particular del gobernador de Durango, Enrique R. Calderón (1936-1940); diputado por el PRI (1954-1957) en la XLIII Legislatura; asesor presidencial en el sexenio de Adolfo López Mateos (1958-1964); y director de Radio Gobernación (1964-1970), así como funcionario del Departamento del Distrito Federal.

Desde 1928 comenzó a colaborar en distintos periódicos y fue autor de libros de diversa índole: poesía, ensayo, biografía e historia. En este artículo, siendo estudiante, Dromundo analizó cuatro libros que a su juicio eran fundamentales para su tiempo, y que se inscriben dentro del regionalismo americano propio de la primer cuarto del siglo XX: *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela (1873-1952); *La vorágine* (1925) de José Eustasio Rivera (1887-1920); *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes (1886-1927); y *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos (1884-1969).

La América de habla hispana produce mucho libro y mucho escritor. Pero la mayor parte de ellos no es original. Nos encontramos frente a una crecida producción que sufre la influencia de Europa. Ahí reside la imposibilidad de fijarnos en *Margarita de Niebla* o en *La Malora*, pongo por caso; no porque ellas sean obras sin mérito —sobre todo la segunda—, sino porque no se refieren a nuestra psicología especial.

Aun los libros motivados en temas americanos, son generalmente útiles y adecuados a nuestro propósito. Cuando no es el motivo, es la técnica de importación. Todo esto, hablando de un modo general: todavía subsiste el problema de valorizar en particular la destreza y cualidades de cada autor.

Eliminando, venimos a juzgar cuatro obras fundamentales en la literatura de nuestra América y de nuestro tiempo —aunque ellas, por su carácter y belleza, superen la medida de lo actual—. Nos referimos a

La vorágine de José Eustasio Rivera, colombiano; *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, argentino; *Los de abajo*, de Mariano Azuela, mexicano, y *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, de Venezuela. Entendemos que estos libros captan el espíritu de nuestra raza, nuestras costumbres, nuestras virtudes, nuestros vicios y defectos orgánicos; la hermosura natural y orgiástica del paisaje americano tan personal; el horizonte espiritual, íntegro de la América española. La técnica, original; los personajes, americanos.

No vamos a precisar en terminología escolar la importancia meramente regional que tengan. Eso es patrimonio de las circunstancias. Más allá de ellas, hemos pensado en el “sentido” de lo americano.

La vorágine

José Eustasio Rivera es un valor auténtico. Muestra en inteligente consorcio su formidable fantasía y la disciplina técnica de su oficio. *La vorágine* es libro rudo y abierto sobre caminos que ignorábamos,



distintos de la vida social. Una obra magnífica fincada en la entraña misteriosa de la América abrupta, con la belleza salvaje del desierto y la selva cauchera que se bebe a los hombres bajo la presión dramática de una tierra semejante a sus moradores, en toda su impiedad hermosamente natural y primitiva. Libro de la fuerza y la miseria humanas; panorama de la lucha desvalida de hombre frente a la selva virgen. Obra característica de costumbres colombianas al través de los hatos, los bongos errantes, los legendarios ríos sofocantes, los paisajes cerrados por los árboles de caucho.

Es, también, angustioso y sobrecogido, sin la teatralidad grave del drama europeo: "Agachados entre la fronda, con las manos en las carabinas, atisbábamos las luces de las barracas, miedosos de que alguien nos descubriera. En aquel escondite debíamos pernoctar sin encender fuego. Sollozando en la obscuridad pasaba una corriente desconocida. Era el Isana".

Este libro precioso de literatura americana contemporánea es un alarde de realización plena. El mecanismo de la obra acusa un vasto conocimiento de la naturaleza humana—ese enlace tortuoso, "Bodas del cielo y el infierno", que dice Blake—; los capítulos son un cuidadoso y amable relato de las reacciones del individuo bajo la ira de los elementos selváticos. El estilo es sobrio y brillante en la exposición; el extenso vocabulario de nacionalismos presta mayor atractivo a la novela en que pasiones y problemas sexuales o morales preocupan el ánimo del lector inteligente.

Alfonso Reyes ha dicho: "*La vorágine* es (¡al fin!) un libro específicamente americano. No se olvidan sus páginas sorprendentes una vez leídas. Y entre tanto libro invertebrado que produce nuestra América, entre tanta promesa, su libro admirable tiene el acento humano y la fuerza genial de las obras plenamente realizadas".

Juicio certero aquel, pues que nos hallamos con una obra madura, magistral y perenne. El viento largo y distinto de América estremece las páginas trascendentales, extraordinarias y pródicas.

En las soledades enormes de la selva, entre los "rebalses de caños podridos", en las noches desconocidas, junto al comején que hace leprosos a los árboles, en el horror y la belleza de la tierra páludica, tuvo lugar este drama de la barbarie.

Don Segundo Sombra

Un estilo muy elegante y natural favorece este libro, el mejor libro de la pampa y el gaucho. Una belleza espontánea, sin rebuscamiento; una pureza adjetiva única; un desfile ordenado, simétrico, de imágenes sutiles y atrevidas: "...el anochecer vencía lento, seguro, como quien está turbado por un resultado dudoso..." O aquella otra: "...en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían almas de reseros, que es tener alma de horizonte"; "Fuese calmando la tropa hasta formar una sola masa de movimiento, de la cual yo era el principio tallado en punta".

Pero el volumen, con ser una sucesión de imágenes perfectamente logradas, es, asimismo, un estupendo libro de la buena amistad, la amistad del gaucho, franca y extendida en la mirada, sin enmarañamientos y recodos espirituales, forjada en el trabajo cotidiano del hombre, cerca siempre al caballo y sus menesteres amables. Hasta el amor en este libro diáfano y como debe ser de una pureza de intenciones que nos humilla y empequeñece; un día, el siguiente, tornar a verse, y el gaucho lo dice con la mejor claridad: "volvimos a encontrar nuestros juegos".

El lector se encontrará siempre en un ambiente joven por lo nuevo, desconocido por lo sinceramente translúcido en las escenas, que son naturales como la vida misma de los personajes, sin afectación, casi con ingenuidad.

Una lección de voluntad y de brío. Asistimos a la formación espiritual del hombre, lentamente transformado en la pampa, en el trato con los reseros; se le va haciendo el alma recia y pujante.

Los de abajo

La Revolución mexicana—revolución social, a pesar de sus indudables limitaciones

e imperfecciones que excusa la naturaleza de todo proceso revolucionario—fue causa determinante de un nuevo orden de cosas. Sabida es su influencia sobre las ideas y la literatura de su época, y aun posteriores. Al contraernos principalmente a nuestro tiempo por interpretarlo como el ambiente realizado de nuestro modo de ser más personal, hemos de aceptar que *Los de abajo*, novela de Mariano Azuela, es uno de los más recios libros de la literatura revolucionaria mexicana: discutido, comba-



tido y amado, marca una nueva época en nuestra literatura, y una nueva escuela de motivos. *Las tribulaciones de una familia decente*, y *Mala yerba*, fueron la anunciación de *Los de abajo*, si no con relación al tiempo, sí en el sentido del rumbo intelectual del autor.

Esta novela capta totalmente el espíritu violento y rebelde del mexicano; contiene, en el curso de sus cuadros, el tipo melancólico y supersticioso, o la fisonomía del hombre que ha dejado de serlo porque lo devoró la Revolución y perdió la tierra, el pan, la fe religiosa: el desenfadado que se jugó la vida al azar de las monedas volteadas al aire.

La técnica de la obra es muy interesante. Muestra el orden de las escenas una estructura y una modalidad correctas. La novela

social a veces entre el poema y la historia. Las escenas son de un marcado tono realista, sentimental a veces y en ocasiones romántico. Nos subyuga sobre todo el nombre de Camila, "solicitud y voz" que cantamos ayer, porque ella es la más honda significación del México disputado y convulso. Hay en la hondura espiritual de esa mujer algo más que una manifestación sexual o amorosa; el acento de sacrificio, la ternura ílmite, insospechada, y el dolor contenido y mudo de una raza que nació en las montañas, gente del horizonte.

Libro de la violencia, hemos dicho. Rectificación de valores morales. Ira sapinada sobre el grito de los fusiles; plegaria fuerte de las trincheras; angustia sorda del saqueo; voracidad penosa y valiente de la horda.

Sobre la tierra del Bajío, hay una canción, un "corrido" apretado de hambre, que se alarga del uno al otro extremo de la tarde. Miradas que pobló el recuerdo con sus voces de anhelo. Recuerdo compacto en la nostalgia súbita de las noches vacías.

Una impresión de cansancio nos dejan las jornadas, a nosotros, que supimos los montes. Y aun no hemos hablado de la crueldad y del "guero Margarito". Tornamos a pensar, con Barbusse, que "la violencia es por hoy la única realidad de la justicia".

Zacatecas, el famoso cañón de Juchipila; el peñón, que como pórtico de vieja catedral enmarca a Demetrio Macías, que sigue apuntando con el cañón de su fusil, con los ojos fijos para siempre; rincones varios y mexicanos que integran el fondo cambiante de la obra. Añadimos a esto el lenguaje peculiar, ágil e inteligente del pueblo, acusador de sus peculiares estados de ánimo, y el marcado fatalismo que se siente en sus páginas.

Con Demetrio Macías, un hombre de la Revolución que anduvo en "corridos" por el Bajío, hizo Azuela un poema novelado, la mejor y más característica de nuestra literatura nueva. Una prosa clara y bien trabajada; una intención siempre actual. Puso en la obra a la revolución casi tal como fue, con su vergüenza y su santidad, su ignominia y nobleza. Hemos de aceptarla como era en su entereza disímbola.

Más allá del libro —servicio social— una esperanza de pureza política para nuestro México se yergue como grito de alerta bajo los cielos huérfanos.

Doña Bárbara

"De más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta. De más lejos que más nunca —decían los llaneros del Arauca, para quienes, sin embargo, todo está siempre—: 'ahí mismito, detrás de aquella mata'. De allá vino la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes".

Así comienza la historia poemada de *Doña Bárbara* en el capítulo III de la obra. Deslízase el libro en una sucesión de imágenes y venezolanismos que demuestran en el autor su dominio sintáctico del idioma y un seguro conocimiento de las tierras y de las gentes del llano y de los ríos.

La obra está aceptada como la mejor de cuantas ha publicado Rómulo Gallegos, y es, propiamente, una novela de costumbres. Se significa con especialidad por su ensayo psicológico sobre los personajes, típicos representativos de la clase tripulante de piraguas sobre los ríos inmensos, habitantes de la selva cauchera hacia la línea fronteriza de Colombia; tipos primitivos y sórdidos cuando no benévolos por naturaleza, que sirvieron muchos años a casas determinadas o a determinados hatos cuyos dueños, durante varias generaciones, sostuvieron aquel tipo de luchas judiciales y primarias que llenaban de sangre y luto la historia semi legendaria del señor feudal americano.

Es curiosa y extraña la índole del libro, que contiene perfectamente eslabonados en el cuerpo de la novela, multitud de apuntes y referencias a las burdas pero sugestivas supersticiones de los habitantes de aquellas comarcas. Asimismo, la acción general de la obra se distiende en un cuadro realista de feliz originalidad. Cada personaje, con una claridad cinematográfica, nos entrega una visión exacta de los tipos de la región, y el movimiento que prestan a los acontecimientos es progresivamente más interesante.

Buen conocedor de sus regiones, Rómulo Gallegos sabe cada uno de los pájaros de sus tierras, como cada uno de sus hombres, y cada clase o familia de yerbas, con sus virtudes para curar o dañar. El paisaje lento y cambiante, animado por las prácticas de vida y trabajo de los personajes, produce una mezcla admirable y maciza de emociones para el lector. Y cuando nos encontramos por el final de la novela, hallamos una escena romántica, sólo que inteligentemente dispuesta, en cierto modo trunca por el deliberado propósito de salvar la última parte del poema.

Quizá no es este libro tan vibrante como *Los de abajo*, ni tan rebotante de vitalidad combativa como *La vorágine*; pero es que se trata, durante muchas partes, de una obra distinta en la temática y en la técnica. Hablamos de un libro rudo y violento, siempre violento, pero siempre enmarcado en un decir a pausas, un estilo tallado para hacerla más duradera en el espíritu.

Es admirable la estupenda adjetivación, la justeza con que encontramos colocado el adjetivo, cuyo sólo cambio desvirtuaría totalmente el sentido del volumen. El estilo es claro, personal, original.

Su fuerza general nos hace considerarla como una de las mejores cuatro novelas de la vida de nuestra América, con sus atavismos y sus intuiciones geniales, su dureza de potro indomado y su vastedad de paisajes y enigmas en que retoza el alma nueva.

Este drama venezolano es, a ratos, una tragedia, y tiene a veces una delicadeza sentimental de pastorela. Está escrito el libro a base de contrastes, como se hacen algunas pinturas del postexpresionismo, de tal manera que sostiene la atención y robustece el gozo en un equilibrio de formas a una pasajera mentira del color. Aun la alegría que se desprende de sus páginas es adusta, y tan varonil, que oscila entre el actor y la vieja alegría de la tragedia. La escena del tremendo, en el final de *Doña Bárbara*, sacrifica el alto interés de su sentido trágico en gracia a un cuadro romántico.

"¡Llanura venezolana! ¡Propicia para el esfuerzo como lo fuera para la hazaña, tierra de horizontes abiertos donde una raza buena ama, sufre y espera!..." . ❀